

El Aleph digital

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

En cubierta: ilustración © Alexmumu / iStock

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Consuelo Sáizar de la Fuente, 2026

© Ediciones Siruela, S. A., 2026

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid.

www.siruela.com

ISBN: 979-13-88032-72-1

Depósito legal: M-13.772-2026

Impreso en Anzos

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques bien gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Consuelo Sáizar de la Fuente

EL ALEPH DIGITAL

Del libro impreso
a la lectura total

 Siruela

Biblioteca de Ensayo 165 (Serie Mayor)

A Isabel y Agustín Coppel

Índice

PROEMIO

La comunidad de la lectura simultánea	13
---------------------------------------	----

CAPÍTULO 1

Tres epifanías	23
----------------	----

CAPÍTULO 2

Plomo, teclas y pupitre	41
-------------------------	----

CAPÍTULO 3

La isla, Hoja, el Fondo	67
-------------------------	----

CAPÍTULO 4

Tres momentos del siglo XXI	89
-----------------------------	----

Epílogo	107
---------	-----

Agradecimientos	113
-----------------	-----

«Vi a un tiempo cada letra
de cada página».

JORGE LUIS BORGES,
«El Aleph»

PROEMIO

La comunidad de la lectura simultánea

Tal vez este libro empezó a escribirse aquella tarde de octubre de 1981, cuando un amigo irrumpió en la cafetería de la Universidad Iberoamericana con el brazo en alto, mostrando *La guerra del fin del mundo*, la novela que Mario Vargas Llosa acababa de publicar. El ruido de las sillas al arrastrarse, el olor a café recién hecho y el sopor de la media tarde quedaron suspendidos de golpe.

Recuerdo los cuerpos girándose hacia él, la reorganización de las miradas. El surgimiento del deseo. Éramos estudiantes, pero aquel día actuamos como si la literatura nos hubiera convocado a un rito privado.

Asistíamos a un nacimiento. Era un título anunciado como lanzamiento simultáneo en todos los países de habla española, una proeza panhispánica que, por un momento, nos hizo creer que habitábamos una Patria de la Ñ sin fronteras.

Los que estábamos allí, ávidos lectores de periódicos y público de noticiarios de radio y televisión, habíamos leído que era la primera vez que una editorial intentaba algo así: un título que aparecía al mismo tiempo en las librerías de Buenos Aires, Bogotá, Madrid o Monterrey. A lo largo del tiempo he dudado si este lanzamiento fue el primero, tal vez hubo uno antes, pero este es el que yo

registré. Un recurso que con los años se volvería común, pero que en 1981 tenía aún el asombro de lo inaugural: la idea —aún sin nombre para mí— de que la industria del libro era una pionera de la globalización.

Cruzamos con una mezcla de ansiedad e ilusión aquellos pasillos, donde aún no concluían las clases, entre salones improvisados —que el sismo de 1979 había dejado como herida y que habíamos terminado por llamar los «gallineros»—: nos dirigimos casi en procesión a la librería Gandhi de Miguel Ángel de Quevedo, ese santuario laico donde las novedades eran recibidas con un fervor casi religioso.

Al trasponer el umbral, observé una escena que tenía algo de coreografía silenciosa: una torre de ejemplares de cubierta roja atravesada por una cruz se alzaba casi hasta el techo, sitiada por lectores que ansiosamente tomaban su libro, pagaban y empezaban a leerlo allí mismo.

La multitud —sí, la multitud— forjaba una atmósfera de complicidad que solo ocurre cuando muchos leen un mismo título a la misma hora, como si pertenecieran a una sociedad secreta.

Solo años después supe nombrar ese instante: la comunidad de la lectura simultánea. El momento en que un libro deja de ser un objeto privado y se convierte en plaza pública, vínculo social, territorio verbal. Éramos, sin saberlo, una comunidad tejida no por la geografía sino por las páginas de un mismo libro: un archipiélago de lectores que reconocía en ese objeto recién salido de la imprenta una forma de pertenencia a una conversación colectiva.

El *boom* latinoamericano era ya más que una moda editorial; había fundado una nueva comunidad para nuestro idioma: un territorio sin fronteras donde la lengua era pasaporte y sentido de pertenencia. Las librerías —Gandhi, Porrúa, el Sótano, las de Donceles— eran los espacios donde se resistía, sin proclamas, al clasismo cultural que encasillaba a los lectores según su código postal. La intuición sobre la consagración del *boom* se volvería certeza al año siguiente, en 1982, cuando Gabriel García Márquez ganó el Premio Nobel de Literatura.

Pero en medio de esa exaltación compartida, una inquietud me separó del grupo con nitidez dolorosa: la súbita conciencia del privilegio de vivir ese momento. Para mis amigos chilangos, tener ese libro en las manos era una posibilidad, para mí fue un momento epifánico: la prueba tangible de haber cruzado una frontera invisible dos años antes, al llegar a la Ciudad de México.

Me percaté de que ese día iba a poder leer un libro recién publicado y que podía hacerlo porque vivía en el Distrito Federal. Esa noche leería un libro que, si acaso, sería distribuido dos años después en Acaponeta, Nayarit —mi pueblo sin librerías—.

La diferencia significaba más que una posición geográfica: era cultura, lenguaje, plenitud. Comprendí que leer en sincronía con los habitantes de la capital de mi país significaba una forma silenciosa de ciudadanía cultural, que ya vivía en una zona donde la lectura ocurría en presente, no en pretérito diferido, que la distribución de libros —esa operación logística que a tantos parece banal— era en realidad un instrumento de igualdad.

En aquel instante del otoño de 1981, sentí que el entonces Distrito Federal me otorgaba una ciudadanía nueva: la de los habitantes de las grandes urbes que permiten el acceso a los libros recién editados. Fue una revelación íntima: supe que pertenecía plenamente a una república cosmopolita de librerías espléndidas y novedades inmediatas.

No lo sabía entonces, pero ese privilegio —participar del presente literario— que me colmó de felicidad habría de expandirse con los años más allá de cualquier frontera imaginable, porque la tecnología, ambiciosa e implacable, estaba destinada a democratizar aquel rito.

La intuición se reafirmaría en 1984 cuando escuché a Akio Morita imaginar el futuro del libro electrónico. Y lo comprendí a plenitud en 2019, cuando la lectura había ampliado sus dimensiones hasta convertirse en un horizonte infinito.

Pero esa tarde de 1981, parada en la avenida Miguel Ángel de Quevedo, con mi ejemplar en las manos, supe que leer ya podía ser una forma de vencer la marginación, de entrar a una conversación de la que hasta entonces había estado excluida, y podía, ya, participar en el diálogo que aquella novela iba a generar.

Supe también, aunque entonces no tenía palabras para nombrarlo, que la igualdad de la ciudadanía cultural que había descubierto era frágil y que la Patria de la Ñ tenía sus propios excluidos.

Tres décadas y media después, estaba en una cafetería de King's Cross en Londres, donde los trenes y las ficciones comparten andén. Afuera, la llovizna inglesa descen-

día con su melancolía persistente; adentro, un sinnúmero de visitantes formaba una fila interminable para fotografiarse frente al andén nueve y tres cuartos que la saga de Harry Potter había inventado desde la literatura y que los lectores, al visitarlo, transformaban en peregrinaje.

Vibró mi teléfono. Era Julia, desde México: «Acaba de salir la nueva novela de Vargas Llosa. ¿Me la compras en Audible?». La distancia de 8921 kilómetros se redujo a un movimiento del dedo índice. Compré la edición sonora para ella —que empezó a escucharla de inmediato en Chimalistac— y la digital para mí, que descargué para leerla en el tren hacia Cambridge.

Quise comprar también la edición en papel —la editora que llevo dentro necesita tocar la tipografía, sopesar el gramaje, leer la portada—. Dudé un instante y decidí mandarla a Cambridge: quería tenerla en las manos cuando llegara la conversación, como siempre llega entre colegas.

Ya instalada en el tren, que avanzaba entre nubes bajas y praderas húmedas, Julia me llamó para preguntarme sobre Arabella Árbenz, uno de los personajes de la novela. En ese instante yo leía en el Kindle el mismo pasaje que ella escuchaba en la Ciudad de México.

Comprendí de golpe lo que estaba ocurriendo: dos lectoras del mismo libro, separadas por un océano, conversando sobre un pasaje que ambas recorrían en ese instante. Una conversación que solo fue posible porque el libro existía, al mismo tiempo, en todas partes.

Pensé entonces en la niña que fui en Acaponeta, un pueblo que, a pesar de contar con tradición literaria, has-

ta hoy nunca ha tenido librerías, y cuya biblioteca sigue siendo precaria.

Aquella niña de los años sesenta tuvo la suerte insólita de nacer en una familia que leía: mi abuelo impresor, mi padre periodista, mi madre educadora, mi abuela maestra, mis tías lectoras.

Empecé a leer gracias a todos ellos —una página abierta por azar, una historia que me retuvo más de la cuenta—. Conté también con el libro de texto gratuito, que se reparaba en todas las escuelas, y, lo más importante, mis padres tuvieron los recursos y la voluntad de apoyarme para que pudiera cursar mis estudios profesionales en la Ciudad de México.

A los siete años, entre el olor a tinta y los tipos móviles de la imprenta, tomé una decisión inspirada por el poeta del pueblo, Alí Chumacero: aquel hombre de Acaponeta que corregía manuscritos en el Fondo de Cultura Económica y lograba que las palabras viajaran más allá de las fronteras invisibles del lugar de nacimiento.

Decidí que sería editora, no escritora. Estaría del lado de quienes hacen posible que los libros existan, aunque lleguen tarde, aunque lleguen rotos, aunque lleguen en formatos que cambian más rápido que las promesas de igualdad.

Me conmovió, en aquel tren hacia Cambridge, reconocer la distancia recorrida. En los estados y municipios de mi país a los que los libros tantas veces llegaron tarde —lugares sin librerías que, si acaso, contaban con bibliotecas de acervo elemental—, los lectores podrían acceder ahora, siempre y cuando contaran con energía eléctrica,

conexión a internet y un dispositivo, al mismo título que yo acababa de descargar en mi Kindle.

Tal vez, debido a mi origen, en las instituciones que tuve el privilegio de encabezar ya adulta prevaleció siempre la misma apuesta: editar libros, abrir librerías, construir y renovar bibliotecas, pero también digitalizar acervos, apostando por el futuro sin renunciar al pasado.

Porque el Aleph digital no borra las heridas de la exclusión de quienes habitan en los márgenes; tal vez solo las ilumina, las hace evidentes. Pero también puede ayudar a paliarlas, a estrechar brechas que durante décadas parecieron infranqueables.

Los tiempos de mi quehacer institucional fueron años de recorrer ese territorio entre la herida y la promesa. En las bibliotecas de La Ciudad de los Libros aprendí algo que ningún libro enseña: que la infraestructura abre caminos, pero no garantiza caminantes.

Poner un libro al alcance de alguien no confiere a esa persona el deseo de abrirlo.

La niña de Acaponeta de hoy, la lectora de los años veinte de este siglo, ¿está realmente más cerca de adquirir el hábito de la lectura, de los libros, que la que fui yo en la década de los sesenta? Mi pueblo sigue sin librerías y con una biblioteca insuficiente, pero hay electricidad y señal de internet.

Es cierto que el acceso de los libros ya no depende de un camión que cruce la sierra, sino de un aparato, una conexión y un presupuesto. Las barreras han cambiado de rostro, pero persisten. Ninguna tecnología puede sustituir la decisión íntima de convertirse en lector. Lo que

en 1981 dependía de coordenadas geográficas es ahora —potencialmente— universal. Digo potencialmente porque conozco las dos caras de la promesa. He visto niños recibir su primer libro con los ojos muy abiertos y he visto comunidades donde la falta de electricidad convierte el milagro digital en letra muerta. He visto a una maestra rural en Oaxaca leerles a sus alumnos desde un teléfono con la pantalla rota. He visto a un joven de Tepic descubrir a Borges en una biblioteca digital gratuita y escribirme para preguntar si había más libros así. He visto cómo el libro —ese artefacto que parecía inalterable— se expandía hasta caber en la palma de la mano. Pero sé también que la simultaneidad no borra del todo las distancias: las transforma, las vuelve menos visibles, más silenciosas, pero no las soluciona de manera radical. Es preciso señalar que pertenezco a la generación que ha podido acceder a la mayor cantidad de títulos posible, en diversos soportes, desde cualquier punto del planeta, con una inmediatez sin precedentes. Esa abundancia es también vértigo. Hoy leemos en medio de una corriente incesante que ofrece todo y que todo lo interrumpe y dispersa. Sostener la atención —detenerse en una página, permanecer reflexionando sobre una idea— se ha vuelto, quizá, una forma nueva y silenciosa de resistencia.

«La lectura convertía el sueño en vida y la vida en sueño y ponía al alcance del pedacito de hombre que era yo el universo de la literatura», escribió Vargas Llosa al recibir el Nobel.

Ese universo, para mí, va más allá del soporte. Traspasadas las seis décadas de vida, tras cuarenta años en el mun-

do del libro, he querido dejar un testimonio de lo que he observado. ¿Han ampliado las transformaciones del libro el universo de la lectura? Para mí, sí, pero aún sigue habiendo un gran debate, sobre si leer en pantalla o escuchar un contenido es leer. Hoy es posible transitar entre el papel, la pantalla y el audio, a esto llamo la lectura total.

Acepto que tal vez esa conciencia de que la lectura es más importante que el aparato en el que se lee nació de la carencia: de haber crecido donde los libros eran escasos, y de haber presenciado la ampliación innegable de la industria editorial en el último medio siglo.

He decidido traicionar por un momento mi oficio de editora y escribir este testimonio para dar cuenta de las transformaciones en el mundo del libro y la lectura que he observado, intervenido y estudiado en este tiempo, especialmente en el vértigo de los primeros cinco lustros del siglo XXI.

Escribo como testigo, desde la memoria más que desde el archivo, con la certeza de que, incluso en esta abundancia que a veces desborda y desconcierta, la lectura es una decisión íntima: elegir un título entre muchos, sumergirse en el placer y elegir el formato.

En esta nueva cartografía de los libros, la lectura ya no tiene lugar únicamente en librerías, bibliotecas y suplementos culturales. Ahora los espacios digitales —YouTube, Instagram, TikTok, Spotify— multiplican las comunidades de lectores con los libros digitales como recurso constante.

Pues algo permanece, porque incluso en este caudal que a veces desborda y desorienta, el acto de leer sigue

siendo una forma de orden íntimo: elegir un camino entre muchos y sostenerlo. Tal vez ese sea el verdadero Aleph: el punto donde la lectura, a pesar de todo, nos convierte en contemporáneos, nos da la ubicuidad.

Cada experiencia con la lectura y el mundo del libro es diferente. Esta es la mía.